

“Para querer más a los amigos”

Los adelantados

CARLOS ORLANDO PARDO

Pijao Editores, Ibagué, 2012, 233 págs., il.

LOS ADELANTADOS es un título hermoso para un libro que toca el tema de la muerte. Se trata de un homenaje y un rescate que hace el autor de la memoria de quienes llama sus “amigos muertos”, muchos de ellos artistas, escritores y figuras públicas tolimeses. Antes de comenzar a leerlo, el libro me atrajo por no pertenecer a una categoría convencional y porque la idea que animó a su autor a publicarlo –recopilar los textos que había escrito sobre diversas personalidades– atizaba mi curiosidad. Sin embargo, aunque pude sacar algún provecho de esta lectura, fue más la desilusión que generó en mí, por lo que procederé a explicar cuáles son las limitaciones que en mi opinión hacen mella en un libro que de otra manera parecía prometedor. No obstante, también mencionaré cuáles son las cualidades que de este trabajo se pueden rescatar para que el lector juzgue si vale la pena o no explorar sus páginas.

El libro, además de un prólogo titulado “Los amigos muertos”, contiene cuarenta y dos entradas, cada una correspondiente a una persona que el autor recuerda, excepto las llamadas “Armero 25 años después” y “Un adiós a Rincón Santo”. La gran variedad de personajes que nos presenta, y que de por sí podría constituir una cualidad del libro, deja de serlo en tanto que la calidad de los escritos no es homogénea. Así, después de “Los amigos muertos”, los aciertos de esta obra se encuentran desparramados a lo largo de sus páginas y resulta difícil descubrir cuáles son las entradas capaces de despertar interés en los lectores.

En el prólogo, Pardo explora los motivos que lo llevaron a crear este libro. Menciona una noche en la que observaba las fotografías de sus amigos

muertos, trayéndolos de nuevo a la memoria, y de otra en la que encontró el archivo de los textos que había escrito a lo largo de los años con motivo de estos decesos: “notas hechas al ritmo del dolor como si en cada palabra buscara un exorcismo para aliviar la herida”. Su decisión, entonces, es la de volver a publicar estas notas juntas, en un libro.

Pero Pardo no pensó que al hacer esto, estaría formando un compendio disímil, sin orden aparente para el lector, en el que no se hace mención de la fecha y el lugar en el que fueron publicados originalmente cada uno de los textos que lo componen. En suma, es como si el autor hubiera vaciado el baúl de sus recuerdos, metiendo en las páginas de su libro todo lo que encontró. Tal vez este es el error fatal de *Los adelantados*. Un trabajo que hubiera ganado mucho si el autor hubiera reescrito sus propios textos desde una perspectiva actual, incluso liberándose del “ritmo del dolor” que pulula en ellos.

No pretendo criticar la primera aparición de los textos de Pardo en cada uno de los momentos en que quiso honrar la memoria de sus amigos, ni mucho menos, cuestionar el valor de las personalidades a las que se refiere. En todo caso, la mayoría de los textos que forman parte del libro fueron escritos para responder a la inmediatez de la muerte de los protagonistas. No es de extrañar, entonces, que el autor se explaye en la utilización de epítetos elogiosos y frases de cajón, con un estilo pomposo característico de estas ocasiones, que termina por cansar al lector. No es lo mismo publicar un texto lamentando la muerte de un ser querido o admirado en el momento de su fallecimiento que rendirle un homenaje tiempo después, y esta segunda opción ofrece la ventaja del distanciamiento. Así, en muchos de los textos, pareciera incluso que el autor no se esforzara por contarnos quién es el personaje al que se refiere, pues da por hecho que como él, lo conocemos. Los textos terminan de este modo debatiéndose entre el obituario y una especie de elegía en prosa, de la que a veces surgen frases estafalarias (en un pasaje se refiere a cierto periodista como “el dedo acusador que no tuvo pelos en la lengua”).

Por supuesto, hay entradas en el libro que se destacan entre las demás, sin que esto dependa necesariamente

del nivel de visibilidad pública del personaje al que se refieren. Uno de estos textos es “Gloria Valencia: la eterna primera dama”. Esta entrada describe la trayectoria de Gloria Valencia de Castaño de manera que consigue resaltar los logros de su carrera profesional, al tiempo que abarca una parte de la historia de los medios en Colombia. Su mejor cualidad radica en que lo que transmite sobre el personaje, da cuenta de la relevancia de este último sin que el lector requiera ningún conocimiento previo sobre la comunicadora. Otro ejemplo de un texto destacado es “Yo también canté, jugué y me emborraché con Arturo Viña”, en el cual la pérdida de un ser querido, solo por estar en el momento y en el lugar equivocado, muestra lo absurdo de la violencia que desde hace muchos años se vive en el país.

Los textos que tratan de lugares, “Armero 25 años después” y “Un adiós a Rincón Santo”, también se encuentran entre los mejores en este libro sobre muertos. El texto de Armero alcanza a convertirse en una reflexión sobre las tragedias naturales y el olvido que después de un tiempo padecen los damnificados de estas tragedias; una situación que también involucra a los medios de comunicación pues “las noticias del día tapan como el lodo las de ayer”. Por otro lado, el texto sobre “Rincón Santo” recuerda con nostalgia el estudio de la antigua casa familiar, espacio de tertulias cuya pérdida se equipara a la de “una parte del paraíso”; una situación con la que puede identificarse cualquier lector que recuerde aquellos lugares a los cuales ya no puede volver pues han sido borrados por el tiempo.

Otras de las entradas que vale la pena destacar por lo que se aprende de los personajes, sus logros y la época en que les tocó vivir, son: “Mis días en blanco sin Hugo Ruiz”, “Chucho Fernández y la luz de su recuerdo”, “Germán Arango Muñoz y su preparación para el olvido”, “Humberto Tafur desembarca de nuevo”, “Eligio García y la ceremonia del adiós”, “Punto de encuentro con Orlando Sierra”, “Nos quedamos sin Niño Jesús”, “La resurrección de Raquel Bocanegra de Galvis”, “Emilio Rico en las evocaciones”, “El centenario de Germán Pardo García” y “Memorias de un combatiente”.

He mencionado que no todos los personajes del libro son tolimenses. Aún así, por la preponderancia que se les da en el libro, cabe destacar como algo positivo el que se rescate a través de estas figuras desaparecidas una parte de la cultura y de la historia del departamento. Asimismo, la obra puede llevar al lector a interesarse en indagar con mayor profundidad sobre la vida y obra de los artistas y escritores que aparecen en sus páginas. De esta manera, recorrer *Los adelantados* es un ejercicio que, de seguro, puede llevar a nuevas lecturas.

Cuenta Pardo en el prólogo del libro que antes de comenzar lo recordó una frase de García Márquez en la que el nobel de Literatura asegura que escribe para que sus amigos lo quieran más. Dándole la vuelta a la frase, Pardo afirma que en el caso de *Los adelantados* “me dediqué a terminarlo cuanto antes para querer más a mis amigos”. Me temo que aunque se trata de un propósito perfectamente respetable, en algún momento después del prólogo el autor se olvidó de sus lectores.

Camilo Gómez Gaviria
